

CUADERNOS DE HISTORIA 36

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE JUNIO 2012: 7 - 36



AMÉRICA LATINA, PERO DESDE ABAJO. PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES INTELECTUALES DE UN CICLO HISTÓRICO LATINOAMERICANISTA. 1898-1936

*Martín Bergel**

Otro uso de la historia: la disociación sistemática de nuestra identidad. Porque esta identidad, bien débil por otra parte, que intentamos asegurar y ensamblar bajo una máscara, no es más que una parodia: el plural la habita, numerosas almas se pelean en ella

Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía, la historia*

RESUMEN: Este artículo recorta y reconstruye, dentro de las tentativas favorables a la unión continental en América Latina, un conjunto de prácticas y representaciones que conforman un ciclo histórico que aquí se denomina “latinoamericanismo desde abajo”. Prohijado inicialmente por figuras vinculadas al modernismo literario, e intensificado tras el estallido de la Reforma Universitaria de 1918, esta modalidad se caracteriza por haber surgido de figuras que actuaban desde fuera (y en ocasiones contra) las elites estatales. Este ciclo, que encuentra su apogeo en la década de 1920, entra en declive luego de 1930.

* Doctor en Historia. Universidad de Buenos Aires. Email: mbergel@fibertel.com.ar

PALABRAS CLAVE: latinoamericanismo desde abajo, intelectuales, reforma universitaria, modernismo literario.

LATIN AMERICA, BUT FROM BELOW. PRACTICES AND REPRESENTATIONS OF A LATIN AMERICAN HISTORICAL AGE (1898-1936)

ABSTRACT: This article identifies and rebuilds, within the attempts toward pro-continental union in Latin America, a set of practices and representations that make up a historical cycle that is called here "Latino Americanism from below." Fathered by figures initially linked to literary modernism, and intensified after the outbreak of the University Reform of 1918, this movement has been characterized by having emerged from figures that acted from outside (and sometimes against) the state elites. This cycle, which finds its apogee in the 1920s, comes into decline after 1930.

KEY WORDS: Americanism from below, intellectuals, University Reform, literary modernism.

Recibido: noviembre 2011

Aceptado: marzo 2012

Introducción

Los relatos establecidos que refieren a la historia de los intentos de construcción de una unidad continental latinoamericana suelen caracterizarse por aludir sintéticamente a una serie de figuras que habrían sobresalido por sus anhelos unionistas, y que se presentan enlazadas en un largo *continuum* histórico. Se trata de una narrativa que arranca comúnmente con San Martín y, sobre todo, Bolívar, y que, en ocasiones, suele desembocar en la inclusión de algunas de las figuras del presente que han desarrollado una retórica y algunas prácticas de corte latinoamericanista (Hugo Chávez, mayormente, pero también Evo Morales o Néstor Kirchner). Estos relatos de pretensiones aleccionadoras pueden variar en la selección de las figuras del panteón de héroes de la causa unionista. Pero, en todos los casos, esa operación de puesta en serie tiene como fin la construcción de una larga tradición de figuras ilustres cuya invocación sirve usualmente a los fines de reforzar la legitimidad y la fuerza política de los ensayos latinoamericanistas del presente.

Por su propia naturaleza, esos relatos tienden a unificar a los elementos que los constituyen. Así, esas figuras del panteón que da sostén a esa tradición unionista se ven reducidas en su especificidad, e integradas en una larga cadena evolutiva. Como resultado de ello, cada héroe de la unidad continental (por

caso, tras Bolívar, Martí, Vasconcelos, Mariátegui, Perón, el Che Guevara, etc.) queda anulado en su singularidad en beneficio de la construcción de esa serie de luminosas continuidades.

Este texto busca producir un efecto de desagregación en esa historia evolutiva. Como la perspectiva genealogista foucaultiana que desconfiaba de los efectos constreñidores de las vocaciones históricas unificadoras de identidades y tradiciones, este trabajo busca ofrecer un punto de mira que tenga como premisa metodológica la búsqueda de discontinuidades y pluralidades a la hora de enfocar la historia de las tentativas latinoamericanistas. Lo que nos proponemos es exhumar un modelo de ensayo de construcción de la unidad latinoamericana que difiere en varios aspectos de ciertos rasgos dominantes en el relato latinoamericanista hegemónico. Ese modelo, que se desarrolla en un ciclo histórico que comienza a fines de siglo XIX y se prolonga por lo menos hasta los años 30 del siglo XX, no tiene por protagonistas ni a los Estados ni a caudillos políticos y líderes de organizaciones de masas. Por el contrario, quienes le dan vida son intelectuales, estudiantes y en algunos casos obreros que actúan desde el llano, y que desarrollan una intensísima madeja de contactos y vínculos que por su extensión y profundidad dieron vida a un imaginario continentalista que llegó a ser patrimonio de amplias capas de las poblaciones latinoamericanas. Nuestra tesis es que este modelo, que denominamos *latinoamericanismo desde abajo*¹, difiere en aspectos nodales del que se encuentra implícita o explícitamente contenido en la narrativa hegemónica que hoy evoca la historia del unionismo continental a través de la mención de muchos de los presidentes de la región: Kirchner, Chávez, Evo Morales, Lula, Correa, José Mujica, etc., cuyos nombres, listados juntos, parecen ser la prueba irrecusable y suficiente de que se asiste a un *revival* continentalista.

Este texto se adentra entonces en el ciclo histórico en el que cobran vida tentativas de construcción de una América Latina unificada que surgen desde fuera (y a menudo contra) los elencos gubernamentales, las políticas caudillistas y la acción de los Estados (en el período, en general mucho más preocupados por afianzar las respectivas identidades nacionales de cada país que por desarrollar

¹ El uso que se hace en este artículo de la expresión “desde abajo” no remite a perspectivas como las auspiciadas por los *subaltern studies* o las historias de las clases populares. Refiere, más bien, a prácticas y representaciones que intervienen en la arena internacional, y que surgen con independencia de los poderes económicos y sobre todo estatales. El concepto se inspira en los usos contemporáneos de vertientes del movimiento (mal llamado) “antiglobalización”. Por ejemplo, los de una *globalization from below* (globalización desde abajo) o, en el caso de algunos autores y movimientos sociales italianos, una *diplomazia dal basso* (diplomacia desde abajo).

procesos continentales). Para ello, nos detendremos en algunos momentos y episodios significativos de ese ciclo, que resultan representativos de un amplio proceso de movilización que, sobre todo tras la Primera Guerra Mundial, se colocó como norte la necesidad de construir una entidad supranacional de alcance continental.

El latinoamericanismo desde abajo en los albores del siglo XX

Es bien sabido cómo el proceso de la Reforma Universitaria que se inicia en la ciudad de Córdoba en 1918 tuvo como uno de sus principales resultados el incentivo de un vigoroso latinoamericanismo. Esa fulgurante propagación de un ideal de unidad continental a menudo es presentada, por economía de lenguaje, a través de fórmulas sintéticas. Tulio Halperin Donghi, por ejemplo, ha aludido a ese fenómeno en términos de una sorprendente “caja de resonancia”, en referencia a los ecos continentales que rápidamente halló el acontecimiento reformista². En cambio, no ha sido tan común encontrar reconstrucciones de los mecanismos materiales a través de los cuales se dio tal expansión.

La Reforma tuvo lugar en un momento histórico en el que poderosas transformaciones civilizatorias –técnicas, sociales, culturales– alteraban el mapa de los intercambios materiales y simbólicos a escala internacional. Por señalar solo uno de esos cambios particularmente significativo, la invención del telégrafo había posibilitado ya en las últimas décadas del siglo XIX, a través de un sistema de corresponsales y agencias noticiosas, la aparición de cada vez más nutridas secciones de información internacional en los también profundamente renovados periódicos, en un hecho que dinamizaba poderosamente la circulación mundial de noticias. Pero esta constatación no resulta suficiente a nuestros propósitos: junto al “encogimiento del mundo” al que se asiste entonces, que se acompañaría de una miríada de representaciones intelectuales³, prácticas más concretas y específicas tejieron intensamente las

² Halperin Donghi, Tulio, *Vida y muerte de la República Verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 110.

³ Así, por caso, el francés Paul Valéry podía resultar especialmente contundente al evaluar los cambios de los que había sido testigo en las primeras décadas del siglo XX: “Los fenómenos políticos de nuestra época están acompañados y complicados por un cambio sin ejemplo en la escala o, mejor, por un ‘cambio en el orden de las cosas’. El mundo al que comenzamos a pertenecer, hombres y naciones, es sólo una ‘figura parecida’ al mundo que nos era familiar. El sistema de causas que gobierna la suerte de cada uno de nosotros se extiende en adelante a la totalidad del globo, lo hace resonar por completo a cada conmoción. Ya no hay cuestiones terminadas por haber sido terminadas en un punto” (Valéry, Paul, “Sur l’histoire” [1928], compilado luego en

redes latinoamericanas del reformismo universitario en América Latina. De esa densa trama recuperaremos tres formas que intervinieron en la gestación de lo que denominamos “latinoamericanismo desde abajo”: los viajes, las cartas, y las revistas de alcance continental⁴. Pero esas prácticas, que el acontecimiento cordobés de 1918 dinamiza y lleva a grados difíciles de encontrar en momentos anteriores y posteriores de la vida del continente, ciertamente tenían una historia previa.

El inicio del ciclo que permitía evocar en 1918, en el célebre *Manifiesto Liminar de la Reforma*, escrito por el cordobés Deodoro Roca, la existencia de una “hora americana” puede ubicarse en un doble acontecimiento coincidente con el cambio de siglo. En 1898, el resultado de la guerra hispano-norteamericana, que traía consigo la inapelable evidencia de la nueva situación de hegemonía geopolítica de los Estados Unidos sobre al menos una porción del continente, produjo como efecto el incentivo de una saga de pronunciamientos e intervenciones intelectuales que Oscar Terán supo describir y condensar bajo el nombre de “primer antiimperialismo latinoamericano”, y que, como correlato del peligro advertido en la prepotencia del gran país del norte, avanzó la idea de la necesidad de la unidad del continente⁵. También este hecho debió su importante impacto a su novedosa inscripción en el entramado comunicacional que alteraba el mapa de la modernidad⁶. El otro fenómeno que impulsó la emergencia de ese

su *Regards sur le monde actuel*, París, 1931, cit. en Marramao, Giacomo, *Pasaje a Occidente. Filosofía y Globalización*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 11). También situado en el trastornado paisaje del mundo de entreguerras, el popular escritor austriaco Stefan Zweig podía evocar la invención de la telegrafía en los siguientes términos: “nunca podremos imaginarnos el asombro de aquella generación testigo de los primeros resultados obtenidos por el telégrafo (...) Asombra a aquella gente el hecho de que la idea apenas concebida, la palabra escrita, que no se ha secado aún, ya pueda ser recibida, leída, comprendida, en el mismo segundo, a miles de millas de distancia, y que la corriente invisible entre los dos polos de la minúscula columna voltaica pueda ser extendida sobre toda la tierra (...) dos lazos unen ahora al Viejo Mundo y el Nuevo Mundo, convertidos en uno solo. El milagro de ayer se ha transformado en lo natural de hoy, y desde aquel momento, el mundo responde, como quien dice, a un solo latido de corazón...”. Cfr. Zweig, Stefan, “La primera palabra a través del océano”. En *Nuevos momentos estelares*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1953, pp. 122-23 y 146-47.

⁴ Hemos realizado una primera reconstrucción de esos tres órdenes de prácticas en Bergel, Martín y Ricardo Martínez Mazzola, “América Latina como práctica. Formas de sociabilidad intelectual de los jóvenes reformistas latinoamericanos (1918-1930)”. En Altamirano, Carlos (ed.), *Historia de los Intelectuales en América Latina. Avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 119-145.

⁵ Terán, Oscar, “El primer antiimperialismo latinoamericano”. En *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 85-97.

⁶ “Para el archipiélago de las Filipinas y para Puerto Rico y Cuba, las guerras del 98 significaron una enorme e insólita visibilidad. En ningún otro momento se habían difundido masivamente,

incipiente latinoamericanismo pertenece a la historia cultural e intelectual del continente, y estuvo en parte alentado por el nuevo clima en que se vio envuelto sobre todo el público y las elites letradas a partir de la guerra del 98. Como parte de esa sensibilidad, un conjunto de escritores que venía ya interactuando a escala continental reforzó su autoconciencia latinoamericana y su inscripción dentro de un mismo movimiento literario: el denominado modernismo. Dentro de ese espectro alcanzó especial significación la aparición y posterior profusa circulación del ensayo *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó, aparecido en el 1900. Ese célebre texto, que en prosa alambicada invocaba un nuevo idealismo de las juventudes latinoamericanas en oposición al materialismo que se juzgaba dominante en la cultura norteamericana, representó un hito en la extensión y profundización de ese primer antiimperialismo latinoamericanista referido por Terán.

Ahora bien, como hemos señalado ya, si esa sensibilidad conoció una creciente propagación fue porque ingresó en la nueva trama comunicacional que modificaba entonces el impacto de lo que el sociólogo francés Gabriel Tarde llamaba coetáneamente “sugestiones a distancia” (es decir, el poderoso efecto que podían ahora causar noticias acaecidas en lugares muy lejanos); y, más específicamente, porque tuvo como soporte tres tipos de prácticas intelectuales que darían sustento a una nueva materialidad para la idea latinoamericana. La escritura de *cartas* no representaba ciertamente una novedad; lo que sí constituyó entonces algo nuevo fue el modo en que ellas, en su propia existencia y circulación, y en el sistema de referencias que traía asociado, contribuyeron a dar entidad a esa comunidad latinoamericana de escritores. Una función semejante le cupo a un artefacto sí mucho más novedoso: un tipo de *revista cultural* que, también por su circulación, contenidos explícitos, y construcción de tópicos comunes y referencias cruzadas, cumplía asimismo un papel de reforzamiento de ese emergente “nosotros”. Finalmente, a menudo muchos de quienes participaban de ese comercio de epístolas y revistas culturales de alcance continental —escritores, fundamentalmente, aunque también estudiantes

y en tan breve tiempo, tal cantidad de fotos, textos y mapas de las antiguas colonias españolas. Gracias al espectacular desarrollo de la tecnología y a la simplificación de la Kodak portátil (que se vendía por siete dólares de entonces), la ocupación de las islas generó una iconografía y una documentación visual sin precedentes (...) El 98 estableció una nueva y doble relación: por un lado, entre el lenguaje, las imágenes y la acción; y, por otro, con un universo premoderno representado en publicaciones destinadas a tener una repercusión considerable en la moderna cultura de masas” (Díaz-Quiñones, Arcadio, “El 98: la guerra simbólica”. En Salvatore, Ricardo (comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005, p. 167).

y aun en algunos casos líderes obreros especialmente cultivados—prohijaron una tercera modalidad de conexión y creación de una simbología común: la de un tipo de *viaje latinoamericano* que se acompañaba de conferencias sobre temas ligados a ese nuevo clima cultural —por caso, el antiimperialismo, o la función social de los escritores—, y que en su despliegue dejaba una estela de rituales y ecos que, de nuevo, coadyuvaba a afianzar ese ideal continental en expansión.

Ciertamente, también en ocasiones algunas iniciativas de diplomáticos y miembros de las elites políticas pudieron sumarse al haz de dispositivos forjadores de esa conciencia continental. No obstante, en el período los resquemores derivados de diferendos limítrofes, hipótesis de conflicto bélico y, de modo tanto más acusado, guerras del pasado entre países vecinos efectivamente consumadas —por poner un caso ejemplar, la Guerra del Pacífico (1879-1881), que había dejado una herida profunda y continuamente reavivada entre Chile, Bolivia y Perú—, así como el énfasis de los elencos gubernamentales por consolidar las identidades nacionales de sus respectivos países (con recurrencia percibidas como insuficientemente establecidas), condujeron a que, globalmente, la tarea de estrechar lazos supranacionales quedara en manos de agentes ubicados por fuera de las lógicas de acción estatales.

Ese latinoamericanismo practicado entonces “desde abajo” —desde fuera de la esfera estatal, y a veces, como veremos, contra ella— fue tempranamente asumido como misión por buena parte del lote de escritores modernistas. Por caso, ya en 1896, en una carta que enviaba desde Montevideo y que daba luego a publicidad bajo el título de “por la unidad de América” en su *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, Rodó saludaba la vocación continentalista que el joven escritor argentino de inclinaciones socialistas Manuel Ugarte le imprimía a su propia publicación, la *Revista Literaria*:

Aludo al sello que podemos llamar de *internacionalidad* americana, impreso por usted a esa hermosa publicación, por el concurso solicitado y obtenido de personalidades que llevan a sus páginas la ofrenda intelectual de diversas secciones del Continente. Lograr que acabe el actual desconocimiento de América por América misma, merced a la concentración de las manifestaciones, hoy dispersas, de su intelectualidad, en un órgano de propagación autorizado; hacer que se fortifiquen los lazos de confraternidad que una incuria culpable ha vuelto débiles, hasta conducirnos a un aislamiento que es un absurdo y un delito, son para mí las inspiraciones más plausibles, más fecundas, que pueden animar en nuestros pueblos a cuantos dirigen publicaciones del género de la de usted. (...) Son las revistas, las ilustraciones, los periódicos, formas triunfales de la publicidad de nuestros días, los mensajeros adecuados para llevar en sus

alas el llamado de la fraternidad que haga reunirse en un solo foco luminoso las irradiaciones de la inteligencia americana⁷.

Como otros escritores modernistas, Ugarte compartía plenamente la perspectiva sugerida por Rodó, y en los años siguientes hizo mucho por llevarla a la práctica. De allí que en 1910, en su libro *El Porvenir de la América Española* pudiera establecer un primer balance positivo del latinoamericanismo desde abajo de los intelectuales de su generación:

¿Es necesario recordar que *las únicas relaciones útiles que existen entre ciertas repúblicas fueron iniciadas por escritores que simpatizaron y se escribieron sin conocerse?* Algunas revistas de la gente joven han sido, en estos últimos tiempos, el foco fraternal donde se reúne en la persona de sus más altos representantes el Parlamento de la raza. *Los poetas han hecho en realidad hasta ahora por la unión mucho más que las autoridades.* Y a ellos les corresponde seguir fecundando el porvenir⁸.

Ugarte, que había recalado en Francia a comienzos de siglo y mantenía desde allí una tupida red de interlocutores latinoamericanos, será acaso quien más consecuentemente desarrolle la tarea que predicaba para el conjunto de escritores modernistas. Como ha mostrado Beatriz Colombi, la expatriación en el eje París/Madrid de un grupo importante de ellos –Rubén Darío, Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, entre varios otros– redundará en ese medio cosmopolita en una serie de lazos de cofradía intelectual que reforzará las señas de una cultura supranacional que se reconocía en una común identidad latinoamericana. Poco después, entre 1911 y 1913, Ugarte traducirá ese sentimiento en acción militante, al emprender lo que denominará posteriormente “mi campaña hispanoamericana”: una sonada travesía de propaganda antiimperialista y unionista que atravesó una veintena de naciones latinoamericanas y que, en palabras de Colombi, “inaugura la *gira proselitista continental* que imprime un nuevo sentido al viaje finisecular”⁹. Ese viaje, y las conferencias e intervenciones que lo ritman, concitarán en efecto una notable atención por parte de la opinión pública, y despertarán exaltadas

⁷ Rodó, José Enrique, “Por la unidad de América”. En *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1948 (destacado del autor), pp. 79-80.

⁸ Cit. por Ehrlich, Laura, “Una convivencia difícil. Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo”, *Políticas de la Memoria*, no. 6/7, Buenos Aires, Cedinci, 2007, p. 113 (subrayado nuestro).

⁹ Colombi, Beatriz, “Vocación migrante y viaje intelectual. Manuel Ugarte”. En *Viaje Intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004, p. 181.

pasiones a favor y en contra de Ugarte, en no pocas ocasiones disparadoras de conflictos diplomáticos. En algunos países de Centroamérica –por ejemplo, en Guatemala y El Salvador–, el temor ante los efectos de su verba son tales que sus conferencias son prohibidas. El paso de Ugarte por México resulta especialmente ilustrativo del tenor del impacto que su palabra engendraba. Su presencia en ese país, a comienzos de 1912, provoca un conflicto de inesperada magnitud que por unos días ingresó de lleno en el centro del acontecer de la política local: invitado a disertar sobre “la mujer y la poesía” por el prestigioso Ateneo de la Juventud, dirigido por José Vasconcelos y aliado entonces del gobierno revolucionario, cambia sobre la marcha el tema previsto y se dispone a acometer la cuestión del creciente expansionismo norteamericano. Como ni el presidente Madero ni por extensión los ateneístas juzgan conveniente patrocinar a esa figura cuya estentórea prédica podía enervar el ya existente sentimiento antinorteamericano en momentos en que el país del norte brindaba apoyo al gobierno, finalmente se opta por suspender la conferencia prevista. La decisión no hizo sino crispar los ánimos, y de inmediato ruidosas manifestaciones de estudiantes desfilaron por las calles de la capital vitoreando a Ugarte, que desde los balcones de su hotel devolvía el apoyo con nuevas arengas. El gobierno, ante esta impensada crisis, accede finalmente a que el escritor argentino dicte su conferencia. Bajo el inequívoco título “Ellos y Nosotros”, y frente a una multitud que según las crónicas periodísticas reunía unas tres mil personas, Ugarte insiste en la imperiosa necesidad de estrechar lazos a nivel continental como modo de frenar la avanzada norteamericana en América Latina¹⁰. Días después, y nuevamente frente a numerosos seguidores, al rendir homenaje en los bosques de Chapultepec a los “niños héroes” de 1847 –los cadetes adolescentes transformados en mito nacional mexicano por resistir hasta la muerte la invasión norteamericana a la capital, cuando la guerra en la que Estados Unidos se apropia de Texas y Baja California–, Ugarte vuelve a insistir con las invectivas antiimperialistas y unionistas que tanto ruido y fama daban a su gira: “En este mausoleo de los mártires de Chapultepec hay una advertencia, un programa y un símbolo...La América Latina tiene que ser ‘una’ en los momentos de prueba. Hago votos porque si un nuevo atentado se desencadena mañana sobre

¹⁰ Yankelevich, Pablo, *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1997, p. 158. Una reseña de las vicisitudes de la conflictiva visita de Ugarte a México puede verse además en Garcíadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la revolución mexicana*, El Colegio de México/UNAM, México, 1996, pp. 150-158.

cualquiera de nuestras repúblicas, la opinión se levante unánime imponiendo a los gobiernos la solidaridad salvadora”¹¹.

La fuerza de lo que Ugarte llama aquí “la opinión” había logrado en efecto torcer el rumbo del gobierno de Madero en cuanto a la realización de su conferencia antiimperialista. Y más allá de que los siguientes gobiernos de la Revolución Mexicana hicieron hasta cierto punto suyo ese sesgo –en distintos grados y según las coyunturas políticas y diplomáticas–, y terminaron por ser, sobre todo en los años 20, la encarnación estatal más acabada de los ideales de la nueva generación que entonces se anunciaba al continente, el hecho muestra como, incluso allí donde una revolución social estaba teniendo curso, en 1912 el impulso más decididamente latinoamericanista provenía de fuera del Estado. Por lo demás, en la gira de Ugarte están reunidos los componentes fundamentales que los jóvenes de la reforma del 18 desarrollarían en abundancia: el viaje proselitista como mecanismo destinado a estrechar lazos y construir sólidas redes; la conferencia como modo de comunicar vívidamente la “emoción” (por usar una palabra de época) que embargaría a cientos de jóvenes en la creencia de una común pertenencia a una nueva generación latinoamericana; los rituales y creación de escenas –como el homenaje de Ugarte a los “niños héroes”–, que llevados a cabo por abanderados de la causa latinoamericana contribuían a dejar una más profunda marca simbólica tendiente a reforzar el imaginario continentalista común.

Ahora bien: con ser probablemente los más célebres, los escritores modernistas no fueron los únicos que colaboraron en el tejido del sentido de pertenencia latinoamericano al que venimos refiriéndonos. Movimientos políticos y culturales que, en esa época de encogimiento del mundo, tenían un horizonte explícitamente internacional, coadyuvaron a reforzar los vínculos y contactos en el espacio del continente. Tal el caso de corrientes políticas como el socialismo y el anarquismo, o espiritual-filosóficas como la teosofía, que, aun cuando a comienzos de siglo XX se inclinaban hacia una prédica universal antes que específicamente latinoamericana, dinamizaron los intercambios a escala continental¹². No corresponde ver sin embargo esos movimientos de

¹¹ Discurso luego agrupado en *Mi campaña Hispanoamericana*, Barcelona, Cervantes, 1922, p. 91, cit. por Galasso, Norberto, *Manuel Ugarte*, tomo 1, Buenos Aires, EUDEBA, 1973, pp. 259-260.

¹² Sobre los vínculos propiciados por la teosofía a escala de América Latina en un período apenas posterior, cfr. Devés, Eduardo y Ricardo Melgar Bao, “Redes teosóficas y pensadores (políticos) latinoamericanos (1910-1930)”, *Cuadernos Americanos*, no. 78, UNAM, México, 1999, pp. 137-152.

aspiraciones internacionales como compartimentos estancos, separados entre sí: como hemos podido ver en el caso de Ugarte, su trabajo de construcción de redes latinoamericanas podía apoyarse tanto en los contactos derivados de su fe socialista como en las formas de sociabilidad que se derivaban de su rol de escritor¹³. Otros casos son igualmente indicadores de esa tendencia: el joven poeta argentino Leopoldo Lugones, por caso, podía a un tiempo, sobre el filo del siglo, repartir sus preocupaciones entre la bohemia literaria modernista apadrinada por Rubén Darío, sus breves pero centellantes convicciones socialistas en el periódico *La Montaña*, junto a José Ingenieros, en 1897, y, casi inmediatamente, constituirse en el principal redactor de *Philadelphia*, el órgano de la sociedad teosófica de Buenos Aires¹⁴. Otro tanto ocurría con Alfredo Palacios, el reconocido primer diputado socialista de América, quien también sobre el comienzo del siglo no veía reñida su militancia política con sus inquietudes teosóficas. Y los ejemplos pueden fácilmente multiplicarse. Lo que importa señalar aquí es que el impulso latinoamericanista podía verse auspiciado por identidades y formas de agregación políticas y culturales que, antes que excluirse, frecuentemente se implicaban, reforzando así esa tendencia a construir redes a escala continental.

Dentro de ese abigarrado mundo de figuras que en su tránsito por subculturas literarias, espirituales y políticas se vinculaban por ello necesariamente con pares de otros países del continente, desde el comienzo del siglo pareció recortarse una nueva posición de enunciación desde la cual también se enarbolaban, y con mayor fruición, los anhelos continentalistas: la de los estudiantes. Si Rodó había imaginado en su *Ariel* que los vientos de renovación estarían comandados por las “juventudes del continente” –un nombre mentado con tanto entusiasmo como imprecisión sociológica–, la fundación de nuevas universidades y/o la ampliación progresiva de los círculos sociales que hasta entonces las frecuentaban, circunscribieron un escenario más concreto y situado para el accionar de los jóvenes que en efecto parecieron querer encarnar el anuncio profético del

¹³ La tupida correspondencia de Ugarte con un amplio espectro de latinoamericanos (y también europeos), que puede consultarse provechosamente en el Archivo General de la Nación de Buenos Aires, permite observar que ella tenía por temas tanto a aquellos político-sociales vinculados a su adscripción socialista y antiimperialista, como a los específicamente literarios (envío y comentario de textos, pedidos de artículos, etc.).

¹⁴ Sobre el rol protagónico de Lugones en la sociedad teosófica porteña de principios de siglo XX, cfr. Quereilhac, Soledad, “El intelectual teósofo: la actuación de Leopoldo Lugones en la revista *Philadelphia* (1898-1902) y las matrices ocultistas de sus ensayos del Centenario”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, no. 12, Universidad Nacional de Quilmes, 2008, pp. 67-86.

escritor uruguayo. Así, una nueva identidad estudiantil pareció anunciarse en los albores del siglo. Ella pudo manifestarse en conflictos en los que algunas de las reivindicaciones posteriores de los reformistas del 18 tuvieron ocasión de ver la luz. Tal lo acontecido, por ejemplo, con la prolongada agitación de un numeroso contingente estudiantil de la Universidad de Buenos Aires –de la Facultad de Derecho, primero, de la de Medicina, después–, que en los años que van de 1903 a 1906 protestan contra las instancias de gobierno vitalicias y oligárquicas que concentraban el poder en las casas de estudio, o con la sonada huelga de estudiantes que conmueve a la Universidad de Cuzco en 1909¹⁵.

Ese emergente sujeto estudiantil rápidamente vinculó los reclamos de renovación de los contenidos de las distintas disciplinas y las peticiones de cambios en las formas de gobierno de las universidades con el horizonte latinoamericano que hemos visto surgir con el despertar del siglo. Así, ya en 1901 se celebraba en la ciudad de Guatemala el Primer Congreso Centroamericano de Estudiantes Universitarios, que además de promover la organización de los estudiantes de las distintas facultades, incluyó en sus recomendaciones finales “la necesidad de trabajar por la unificación de todos los estudiantes centroamericanos”¹⁶. Ese afán unionista impulsado por las nacientes entidades estudiantiles del continente se vio más firmemente materializado y cobró mayor visibilidad con la realización de tres encuentros internacionales consecutivos: los Congresos Internacionales de Estudiantes Americanos de Montevideo, en 1908, de Buenos Aires, en 1910, y de Lima, en 1912. Esa saga, que se interrumpió por el estallido de la guerra mundial del 14 –estando ya dispuesta para ese año la realización de una cuarta edición en Santiago de Chile–, contó con la presencia de importantes delegaciones estudiantiles, sobre todo de los países del cono sur, y fue seguida con atención por la prensa y algunos de los escritores que venían propiciando la necesidad de la integración del continente¹⁷. Y las deliberaciones y resoluciones que

¹⁵ Cfr. Halperin Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 2002, pp. 87-97 (ed. orig., 1962); y Cornejo Köster, Enrique, “Crónica del movimiento estudiantil peruano” [1926], compilado por Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. El Proceso de la Reforma universitaria, 1918-1938*, México, Siglo XXI, 1978, p. 233.

¹⁶ Machuca Becerra, Roberto, *América Latina y el Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921*, tesis de licenciatura, México, UNAM, 1996 (mimeo), p. 74.

¹⁷ Ejemplarmente, Rodó, que fue agasajado en esos congresos en varias oportunidades, creía ver en ellos la cristalización de su llamado americanista. En carta al español Rafael Altamira, podía referir entonces lo siguiente: “Actualmente se celebra en Montevideo el Primer Congreso Internacional de estudiantes americanos, interesantísimo concurso en que participan muy distinguidos representantes de las nuevas generaciones de Hispano-América; y esto me ha dado oportunidad gratisima de comprobar como *Ariel* y su espíritu ha calado en el corazón

tuvieron entonces lugar, abordaron de diversas maneras la totalidad de aspectos propiamente universitarios –renovación de los estatutos y de los métodos de enseñanza, cogobierno estudiantil, libertad de cátedra, etc.– que estarían en el centro de las reformas emprendidas a partir del acontecimiento cordobés de 1918 (de un modo tal que hay autores que consideran que la importancia de esa fecha ha sido sobredimensionada, y que el ciclo reformista arranca notoriamente bastantes años atrás)¹⁸.

Ahora bien, resulta importante destacar que estos encuentros estudiantiles internacionales fueron no sólo vistos con beneplácito sino expresamente apoyados por al menos una porción significativa de las elites políticas y los elencos estatales, en un rasgo que marca diferencias con lo que será la nota predominante luego de 1918. El congreso de estudiantes centroamericanos de 1901 que hemos mencionado, por caso, contó con el sostén económico de los países de esa región. Todavía más, Susana V. García ha argumentado consistentemente que los encuentros de 1908, 1910 y 1912 cumplieron expresamente una función de política diplomática: los estudiantes, percibidos como estandartes de una nueva época de fraternidad entre las naciones del subcontinente –en la voluntad de algunos gobiernos por superar algunas de las rispideces que se habían dado entre ellos–, habrían sido expresamente comisionados como “embajadores intelectuales”. De allí por ejemplo el importante concurso del gobierno uruguayo en la preparación del congreso de Montevideo de 1908 y en las ceremonias de recepción de los grupos de estudiantes asistentes¹⁹. Para entender esta situación hay que considerar el hecho de que las delegaciones estudiantiles estaban integradas en su mayoría por figuras cuya extracción

de la juventud a quien dediqué aquellas pobres páginas mías. Ha llegado a ser una bandera; y esto –por motivos superiores a la pura vanidad literaria– colma mis ambiciones de escritor”. Cit. en García, Susana V., “‘Embajadores intelectuales’. El apoyo del Estado a los Congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX”, *Estudios Sociales*, no. 19, Santa Fe, segundo semestre del 2000, p. 69.

¹⁸ Cfr. Van Aken, Mark, “University Reform before Córdoba”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 51, no. 3, 1971, pp. 447-462.

¹⁹ “Las actividades programadas para ese encuentro se desarrollaron con la cooperación de los poderes de turno del Uruguay. Las invitaciones se realizaron a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, que por intermedio de las legaciones y consulados de los países americanos convocaron a las distintas universidades para la participación en el Congreso. También se obtuvo apoyo material de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, que contribuyeron con importantes sumas para sufragar los gastos de las recepciones y la publicación de las actas. La recepción de las delegaciones estudiantiles se realizó a través de un amplio programa de actividades, que incluyeron varios agasajos, paseos, banquetes y fiestas en las que participaron políticos y familias de la elite uruguaya”. García, 2000, op. cit., p. 70.

social los ubicaba en continuidad antes que en disidencia con las elites sociales y políticas de los regímenes oligárquicos que predominaban en la región, y que por regla general no habían entrado en contacto con las ideologías radicales con las que se confundiría parte sustancial del ideario reformista luego de 1918. Baste señalar al respecto que, luego del encuentro de Montevideo, las delegaciones estudiantiles de varios países visitaron Buenos Aires, donde fueron nuevamente agasajadas por figuras de la elite en el Jockey Club y el Club del Progreso, espacios de sociabilidad por excelencia de los círculos encumbrados de la sociedad porteña²⁰. También significativamente, en ocasión de la discusión en la Cámara de Diputados argentina de la asignación de una partida de dinero solicitada por las federaciones estudiantiles para asistir al Congreso de Lima de 1912, fueron los parlamentarios ligados al régimen conservador gobernante quienes apoyaron la demanda –a la postre aprobada–, al tiempo que los legisladores socialistas Juan B. Justo y Alfredo Palacios votaban por la negativa, alegando que esos gastos constituían un “despilfarro de dinero” que podía ser utilizado para cubrir necesidades de sectores postergados²¹.

El cambio de posición de Palacios, que trocará esa negativa en decidido apoyo a las iniciativas del movimiento reformista del 18 –que lo adoptará como una figura señera, indiscutido “maestro de juventud”–, resulta indicativo del proceso de transformación social e ideológica que en pocos años se operará en el seno del emergente movimiento estudiantil en todo el continente. La Guerra del 14, la subsiguiente revolución bolchevique, y la toma de distancia general respecto a las elites crecientemente asociadas a un régimen político y universitario que era necesario impugnar *in toto*, entre otros procesos significativos interpretados como signos del fin de una época y el comienzo de otra –partera, por lo demás, de la “nueva generación” que los reformistas del 18 creían firmemente representar–, marcarán el pasaje a una nueva situación en la que las federaciones estudiantiles asumirán posiciones crecientemente antioligárquicas. En ese viraje, la palabra revolución, asociada a diferentes significados y prácticas, pasará a ser parte del vocabulario estudiantil. Y dentro de esos cambios, el tejido de redes a escala latinoamericana, que en continuidad con la constelación de figuras que hemos estudiado seguirá siendo un objetivo primordial, se autonomizará crecientemente de los Estados, para dar nuevo vigor al latinoamericanismo desde abajo que hemos visto protagonizar por figuras como Manuel Ugarte.

²⁰ *Ibidem*, p. 72.

²¹ *Ibidem*, p. 75.

La trama trasnacional del reformismo universitario

Esa pendiente de radicalización se advierte con claridad en las posiciones que asume progresivamente Deodoro Roca, figura clave en el proceso de la Reforma cordobesa. Hombre proveniente de una familia patricia de la provincia mediterránea argentina, Roca adscribirá primero a un liberalismo anticlerical de notas arielistas, para culminar finalmente adhiriendo al socialismo. La huelga universitaria que da comienzo a la Reforma propiamente dicha, lo tiene por una de sus principales figuras. Es él, como hemos mencionado ya, quien redacta entonces el famoso *Manifiesto Liminar*. Y el sesgo americanista que le imprime a ese texto vuelve a hacerse presente en el discurso que, publicado luego bajo el título de “La nueva generación americana”, oficia de cierre del Primer Congreso Nacional de Estudiantes convocado por la Federación Universitaria Argentina a fines de julio de ese año también en Córdoba:

Dos cosas –en América y, por consiguiente, entre nosotros– faltaban: hombres y hombres americanos (...) Andábamos entonces, por la tierra de América, sin *vivir* en ella. Las nuevas generaciones empiezan a *vivir* en América, a preocuparse por nuestros problemas, a interesarse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan (...) Crear hombres y hombres americanos, es la más recia imposición de esta hora!²²

Obsérvese cómo en este texto se confunden la función descriptiva y el tinte performativo: la nueva generación es *ya* americana, pero la tarea de la hora es que lo sea más aún. Pues bien: el acontecimiento cordobés, como sucede con los acontecimientos dignos de ese nombre, liberará una serie de significantes que, anudados al juego de otras circunstancias espacio-temporales, multiplicará en efecto las prácticas de creación de ese sentido americano. Por empezar, su propia noticia ingresará en el tejido comunicativo al que nos hemos referido al comienzo de este artículo. Los sucesos cordobeses, en los que se entremezclan un repertorio de acción estudiantil cada vez más radicalizado y un discurso de una economía argumentativa y una poética capaz de concitar simpatías y adhesiones –al punto de impulsar nuevos cursos de acción en ciudades alejadas–, serán seguidos con atención por la opinión pública tanto nacional como internacional. El propio *Manifiesto Liminar* será prontamente reproducido en toda América, en especial en Perú, Chile y Uruguay. La reforma que se anunciaba en Córdoba,

²² Roca, Deodoro, “La nueva generación americana”. En del Mazo, Gabriel (comp.), *La Reforma Universitaria. Tomo I. Juicio de hombres de la nueva generación acerca de su significado y alcances (1918-1926)*, Buenos Aires, Ferrari Hnos., 1926, pp. 18-19 (destacado del autor).

por sus contenidos, sus formas y los discursos que buscaban darle sustento, asumía plenamente las características de una irrupción y, en tanto tal, resultaba sumamente apropiada para ingresar en las redes contagiosas de las noticias internacionales modernas.

Pero el hecho cordobés no solamente alcanzaría impacto por su contacto con la superficie de la nueva malla comunicacional que afectaba al continente. Su difusión y apropiación se vio favorecida por el clima americanista que hemos visto esparcirse al menos desde 1898. Y, más específicamente, su propagación tuvo como soporte el haz de prácticas que, si en el ciclo cultural previo, con los escritores modernistas a la cabeza, había experimentado un importante despliegue, a partir del 18 cobró nuevo vigor: nos referimos al uso de la correspondencia, a la publicación de revistas de tema y alcance continental, y al desarrollo de viajes y giras proselitistas que con su estela de escenas y rituales reforzaban la adhesión a ese “nosotros” en expansión que Roca resumía en el sintagma “nueva generación americana”. En definitiva, esa densa trama de contactos y relaciones de rango trasnacional, despegada de la iniciativa estatal que había auspiciado los congresos de estudiantes americanos del ciclo anterior, acabó por dotar de singular espesor a eso que venimos llamando latinoamericanismo desde abajo.

Ese fenómeno de tejido de vínculos horizontales supo ser tan tupido y arborescente que un mapeo exhaustivo de todas sus ramificaciones resultaría monótono, además de difícil de cernir en todas y cada una de sus expresiones (el proceso de la Reforma tuvo una resonancia suficiente como para haber afectado, al menos en algún grado, eventualmente a la totalidad de las universidades del continente), por lo que aquí nos contentaremos con ilustrar algunos casos especialmente significativos que le dieron vida. Por lo demás, resulta en efecto difícil medir la magnitud del fenómeno, pero algunos indicadores nos hablan de su profundidad. Así, por caso, en 1924 José Ingenieros, otro de los mentores y afamados padres de la nueva generación emergente, podía trazar el siguiente balance:

El generoso movimiento de renovación liberal iniciado en 1918 por los estudiantes de Córdoba, va adquiriendo en nuestra América los caracteres de un acontecimiento histórico de magnitud continental. Sus ecos inmediatos en Buenos Aires y México, en Santiago de Chile y La Habana, en Lima y Montevideo, han despertado en todos los demás países un vivo deseo de propiciar análogas conquistas. *En cien revistas estudiantiles se reclama la reforma de los estudios en sentido científico y moderno*, se afirma el derecho de los estudiantes a tener representación en los cuerpos directivos de la enseñanza, se proclama la necesidad de dar carácter extensivo a las universidades, y se expresa, en fin,

que la nueva generación comparte los ideales de reforma política y económica que tiendan a ampliar en sus pueblos la justicia social²³.

Las cien revistas reformistas mencionadas en la cita resultan un número apenas exagerado (como bien sabía Ingenieros, que recibía una abundante correspondencia de pequeñas ciudades del interior de varios países del continente)²⁴. Pero si agregamos a esa referencia cuantitativa otra de carácter cualitativo, podemos mencionar que incluso la revista argentina *Sur*, fundada por Victoria Ocampo en 1931, y por décadas una de las principales publicaciones culturales del continente –acusada repetidamente en el curso de su larga trayectoria de estar ceñida a un liberalismo europeísta sin fisuras–, se verá atravesada por el clima americanista de la década del 20. Así, quien revise sobre todo sus primeros años de existencia podrá advertir que una inflexión continentalista no era ajena a sus páginas²⁵. Otras dos revistas muy significativas de la historia política y cultural del continente también serán íntimamente deudoras del latinoamericanismo de los años 20 desplegado por la generación reformista. *Amauta*, la revista que Mariátegui publicó en Lima desde 1926 hasta su muerte cuatro años después –y que expresa como ninguna otra publicación del continente una mixtura virtuosa de vanguardismo estético y político–, brindó su espacio a reformistas de todo la región. Por ello, y por las redes americanas que la propia factura de la revista movilizó, y que son perceptibles en señas de su propia materialidad –avisos, menciones de libros de otros países, etc.–, la perspectiva continental estuvo en el centro de su apuesta político-cultural (aun cuando se tratase de un americanismo que no recusaba de los más avanzados logros de la cultura occidental, comenzando por el marxismo). Finalmente, una revista de distinta naturaleza, la costarricense *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge, también surge, en 1919, del clima continentalista que se expandía entonces. Más ecléctica en su orientación –por tratarse de una publicación compuesta esencialmente por artículos de intelectuales que veían la luz en medios de todo el continente, y que su laborioso director reproducía sin hesitaciones–, si una ideología puede destilarse de sus páginas es la que proviene de su incesante afán latinoamericanista. De allí que, también, sus páginas estuvieran continuamente

²³ Ingenieros, José, “La Reforma en América latina” [1924], reproducido en Cúneo, Dardo (comp.), *La Reforma Universitaria (1918-1930)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 221 (destacado nuestro).

²⁴ El epistolario de Ingenieros, que reúne piezas de un vasto arco de hombres y mujeres de todo el continente, acaba de ser catalogado y abierto a la consulta pública por el Cedinci de Buenos Aires.

²⁵ Cfr. Sarlo, Beatriz, “La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*”, *Punto de Vista*, año VI, no. 17, Buenos Aires, 1983, pp. 10-12.

alimentadas por autores enrolados más o menos cercanamente a las diversas vertientes del reformismo universitario. Muy especialmente el aprismo, nacido de las entrañas mismas de la Reforma en el Perú, se hará continuamente presente en sus páginas a través de la pluma de Haya de la Torre o de quienes lo secundaban²⁶.

Ese nutrido campo de revistas culturales y políticas impactó de diversos modos en el imaginario continentalista impulsado por la generación reformista. En su nivel más obvio, tanto los autores de diversos países del continente que escribían en esas publicaciones como los contenidos explícitos de los artículos, se vinculaban directamente con la prédica americanista de los reformistas. Varias de esas revistas tenían secciones dedicadas especialmente a cuestiones universitarias o ligadas a una perspectiva continental. La revista *Sagitario*, por ejemplo, dirigida desde la ciudad de La Plata por Carlos Américo Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte –y a la sazón una de las publicaciones más cabalmente empapadas del espíritu de la Reforma–, incluía en sus páginas colaboraciones de autores como Mariátegui, Haya de la Torre, Antenor Orrego y Eudocio Ravines –todos enrolados en la emergente nueva generación peruana–, o del uruguayo Carlos Quijano, líder de la Reforma en el Uruguay y uno de los impulsores de la revista montevideana *Ariel*. En *Sagitario* eran habituales las noticias y mensajes de grupos estudiantiles de todo el continente –publicadas en secciones que llevaban el nombre de “Universitarias” o “Amistad Americana”²⁷. En un segundo nivel, estas revistas contenían breves textos o paratextos con referencias ya a otras expresiones similares del continente, ya a anuncios de libros de autores americanos, ya a editoriales o librerías de otras ciudades. Esas

²⁶ Para un análisis de la perspectiva continentalista de *Amauta* y de *Repertorio Americano*, cfr. Pakkasvirta, Jussi, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)*, San José, Ediciones de la Universidad de Costa Rica, 2005.

²⁷ Señalemos un ejemplo: a comienzos de 1926, bajo el título “Entre las juventudes de Asunción y La Paz”, se reproducían sendos mensajes de camaradería despachados por organismos estudiantiles desde ambas capitales del continente. La dirección editorial de la revista encabezaba las misivas del siguiente modo: “Con motivo de un revuelo de cancillería –de esos a que tan acostumbrados nos tiene la diplomacia oficial– la juventud de ambos países afectados, Paraguay y Bolivia, cambiaron sendos mensajes de confraternidad. Por lo que las piezas textualmente dicen y por la significación que el hecho en sí tiene como un caso más demostrativo del grado de afinidad con que va tomando cohesión el nuevo espíritu continental, *Sagitario* reproduce los documentos”. Cfr. *Sagitario*, no. 5, La Plata, enero/marzo de 1926, pp. 278/279. Para una visión más comprensiva de *Sagitario* dentro del espectro de las revistas del reformismo universitario argentino, cfr. Rodríguez, Fernando, “Inicial, *Sagitario* y *Valoraciones*. Una aproximación a las letras y a la política de la nueva generación americana”. En Sosnowski, Saúl, (ed.), *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*, Buenos Aires, Alianza, 1999, pp. 217-247.

marcas –tanto como la presencia de autores y noticias de otros países–, son un índice de que en su propia materialidad estas publicaciones llevaban inscrita la trama transnacional que las hacía posibles. Finalmente, si esos signos señalan la matriz americana que subtendía a la producción y difusión de este tipo de artefacto cultural, también el momento de su distribución requería tanto como fomentaba redes que iban más allá de las ciudades y países de su factura original. Mariátegui, por ejemplo, prohió un tupido haz de vínculos en el Perú y en el extranjero para la distribución y venta de *Amauta*²⁸.

Como es evidente, la preparación y distribución de revistas de esta naturaleza solo pudo ser tramitada a través de una profusa correspondencia. El correo fue, naturalmente, el soporte y vehículo gracias al cual emprendimientos de esa especie cobraron vida. Pero los vínculos epistolares excedieron largamente las tareas de elaboración de publicaciones periódicas, y se constituyeron como una de las expresiones más firmes y sostenidas de la trama material del impulso latinoamericanista de los reformistas. En algunos casos, la correspondencia iniciada en estos años de militancia juvenil universitaria compartida dio lugar a sólidas amistades que se extendieron por décadas. Gabriel del Mazo, ex líder reformista argentino, señalaba que hacia 1954 guardaba nada menos que dos mil hojas de cartas de su similar peruano Víctor Raúl Haya de la Torre²⁹. Otras dos figuras importantes que trabaron relación en los avatares del movimiento reformista y que prosiguieron una relación epistolar hasta el fin de sus vidas fueron el mexicano Carlos Pellicer y el colombiano Germán Arciniegas. Pellicer había sido enviado a Bogotá como parte de una política del Estado revolucionario mexicano que se ajusta a la figura del “embajador intelectual” que hemos mencionado para el ciclo anterior al 18³⁰. (En rigor, México fue el

²⁸ Según se desprende de la correspondencia de Mariátegui, dos exiliados del naciente aprismo peruano en Buenos Aires, Oscar Herrera y Manuel Seoane, colaboraron en la distribución de *Amauta* en esa ciudad. Seoane incluso menciona en una de sus cartas su pertenencia al grupo “Amigos de *Amauta*” existente en la capital argentina (Carta de Seoane a Mariátegui, Buenos Aires, 14 de agosto de 1928. En *Mariátegui Total*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, p. 1918). Para una reconstrucción detallada de las redes a través de las cuales Mariátegui hizo circular su afamada revista, cfr. Beigel, Fernanda, *La epopeya de una revista y una generación. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2007.

²⁹ Del Mazo, Gabriel, *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, p. 216.

³⁰ Según narra Daniel Cosío Villegas –líder estudiantil y presidente del Congreso Internacional de Estudiantes de 1921–, fue a sugerencia suya que el Estado mexicano aceptó enviar estudiantes al extranjero como modo de dar a conocer una imagen positiva del país emergente tras la revolución iniciada en 1910 (Cfr. Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976). Para un análisis exhaustivo de esa estrategia mexicana, cfr. Yankelevich, 1996, op. cit.

único país que continuó apoyando sostenidamente los contactos e intercambios estudiantiles una vez que el movimiento reformista adoptó señas de radicalismo. La realización del Primer Congreso Internacional de Estudiantes, en 1921, y las relaciones prolijadas por Vasconcelos entre 1922 y 1924 desde la jefatura de la Secretaría de Educación Pública, resultan indicativas de esa postura). En la capital colombiana, ambos jóvenes tuvieron un rol de primer orden en la gestación de La Asamblea, el nombre que adoptó la forma organizativa del movimiento estudiantil de ese país. Posteriormente, Arciniegas fue el principal mentor de su órgano, la revista *Universidad*. Cuando Pellicer a comienzos de 1920 abandona Bogotá rumbo a Venezuela —donde es recibido calurosamente por el Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho presidido por Mariano Picón-Salas, otra figura a la postre señera del americanismo—, comienza la larga correspondencia que se extiende casi hasta su muerte, en 1977. Ese intercambio, que conoce en los primeros años 20 su período de mayor intensidad, es el espacio en el que emergen iniciativas compartidas y se solidifica un sentimiento de identidad continental³¹. En suma, también la correspondencia entre numerosas figuras enroladas en el espacio del reformismo latinoamericano —cuya cuantía no podemos siquiera imaginar, puesto que la mayor parte de ella se ha perdido o permanece atesorada en manos privadas— abonó los cauces por los cuales las redes continentales se construyeron y fortalecieron³².

Pero si la elaboración de revistas y la correspondencia supusieron prácticas abundantemente desarrolladas por la generación reformista, una tercera modalidad tuvo un impacto acaso incluso mayor, en cuanto a su eficacia, en la producción de un imaginario continentalista común. Las cartas y las publicaciones, en los aspectos materiales que hemos referido, vinculaban subjetivamente a sus receptores a una “comunidad imaginada” reforzada por los símbolos y referencias comunes inherentes al proceso reformista. Así, por caso, la temática antiimperialista o el tópico que anunciaba la emergencia de una nueva generación americana eran parte de un arco de creencias compartidas en jóvenes que vivían en ciudades muy distantes entre sí. En ese marco, emulando las giras proselitistas de Ugarte, los reformistas desarrollaron una tendencia a desplazarse físicamente por el continente, protagonizando en sus travesías escenas rituales y performances

³¹ Cfr. *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas* (edición y estudio preliminar a cargo de Serge I. Zaitzeff), México, CONACULTA, 2002.

³² El rol de las cartas en el tejido de imaginarios continentales comunes fue tanto mayor dado que a menudo eran publicadas en muchas de las revistas culturales a las que nos hemos referido. Las manifestaciones privadas de americanismo pudieron así, al darse a conocer a la opinión pública, multiplicar su impacto.

que dejaron un saldo de “emoción” (la palabra de época aquí cobra todo su sentido) y de creación de una simbología común.

Ciertamente, fueron sobre todo algunas figuras que sobresalían por su prestigio y su capacidad de oratoria las que protagonizaron esos rituales latinoamericanistas. Alfredo Palacios, que había construido su carrera política dentro del Partido Socialista argentino gracias a su capacidad de conmover a sus escuchas en sus inflamadas alocuciones públicas, seguía de cerca los sucesos de Córdoba de 1918. Casi diariamente, algunos jóvenes dirigentes de la ciudad mediterránea lo mantenían informado a través de telegramas. Cuando estalla la huelga, el movimiento estudiantil cordobés, necesitado de apoyo, le solicita su presencia. Una semana después, Palacios viaja y se dirige en encendido discurso a una multitud que reúne cerca de diez mil personas. La arenga de quien estaba pronto a convertirse en “maestro de América” resulta conmovedora, y a través suyo, la Reforma –según señala Juan Carlos Portantiero– “comienza a adquirir nítidamente su perfil continental”³³.

Menos de un año después, en mayo de 1919, el viaje que Palacios emprende entonces a Lima tendrá un peso aún mayor. Todas las historias de la Reforma Universitaria peruana coinciden en destacar el cimbronazo que representó la visita del argentino al Perú. En el repaso que años después hacía Manuel Seoane, presidente en 1923 de la Federación de Estudiantes Peruanos y posterior figura de la plana mayor del APRA, “el verbo encendido de Palacios prendió la chispa el año 19”³⁴. Según el relato posterior de Luis Alberto Sánchez, la presencia del socialista argentino sirvió tanto para comunicar la dimensión del alcance de los hechos de Córdoba, como para incitar a los estudiantes peruanos a iniciar su propia reforma:

Al comienzo, y a través de los servicios cablegráficos, [la reforma cordobesa] pareció una mera algarada estudiantil. Fue preciso que llegara a Lima el parlamentario socialista argentino Alfredo L. Palacios, para que se justipreciara la profundidad del acontecimiento (...) En el banquete de despedida que los universitarios limeños ofrecieron a Palacios, éste pronunció un fogoso discurso, uno de cuyos párrafos contenía esta frase: ‘La Reforma Universitaria debe hacerse con los decanos o contra los decanos’. Se haría sin ellos...³⁵

³³ Portantiero, 1978, op. cit. p. 42.

³⁴ Seoane, Manuel, “La nueva generación peruana”, *Claridad. Órgano de la Federación Obrera local de Lima y de la juventud libre del Perú*, no. 7, Lima, noviembre de 1924, p. 9.

³⁵ Sánchez, Luis Alberto, *Haya de la Torre y el APRA. Crónica de un hombre y un partido*, Santiago de Chile, El Pacífico, 1955, pp. 49 y 58, cit. en Gamarra Romero, Juan Manuel, *La*

En efecto, apenas pocos días después de producida la partida de Palacios, la Reforma estallaba en el Perú. Pero además de ese efecto inestimable —que solo una mirada unidimensional puede ver como causa directa: recordemos que las universidades peruanas habían sido con antelación sede de conflictos estudiantiles—, Palacios ofició de puente entre los universitarios argentinos y peruanos, que desde entonces mantuvieron estrechas relaciones. Fue a través del elocuente legislador argentino que Haya de la Torre, el indiscutible líder estudiantil peruano, se vinculó a figuras como Gabriel del Mazo y Héctor Ripa Alberdi (que, a la sazón, también visitaría el Perú pocos años después).

Precisamente, de ese vínculo entre Haya de la Torre y del Mazo surgiría en 1920 un “convenio internacional de estudiantes peruano-argentino”, que establecía en uno de sus puntos la búsqueda de “la propaganda activa por todos los medios, para hacer efectivo el ideal de americanismo, procurando el acercamiento de todos los pueblos del continente”³⁶. Fruto de ese acuerdo, Haya emprenderá un importante viaje por los países del cono sur en los primeros meses de 1922, que resultará un exitoso banco de pruebas para su futura labor proselitista como líder del APRA (que fundará años después desde el exilio)³⁷. En efecto, durante la travesía, el peruano comprobará como su prédica encontraba auditorios cómplices que se entusiasmaban con su figura carismática capaz de encarnar el rol de joven líder americano. En esa gira de agitación estudiantil, Haya tuvo tiempo de visitar las tumbas de Rodó, en Montevideo, y del joven poeta y militante de la Federación de Estudiantes Chilenos (FECH) Domingo Gómez Rojas en Santiago, que asesinado por la reacción en 1920 supo ser encaramado como uno de los primeros mártires latinoamericanos del naciente movimiento reformista. En Buenos Aires, el acto público en el que el peruano se dirigió a un auditorio colmado, junto a otras varias actividades y encuentros con figuras del quehacer cultural y político, alcanzó una resonancia tal como para que su visita mereciera una entrevista con el presidente Yrigoyen. En

Reforma Universitaria. El movimiento estudiantil de los años veinte en el Perú, Lima, Okura, 1987, p. 148.

³⁶ “Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino”, reproducido en del Mazo, Gabriel (comp.), *La reforma Universitaria. Tomo VI. Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927)*, Buenos Aires, Ferrari Hermanos, 1927, p. 25. Un convenio similar fue suscripto coetáneamente entre las federaciones estudiantiles de Argentina y Chile.

³⁷ Este tramo del texto continúa la perspectiva que desarrollamos en Bergel, Martín, “Nomadismo proselitista y revolución. Notas sobre el primer exilio aprista”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Universidad de Tel Aviv, vol. 20, no. 1, 2009.

sus memorias, Gabriel del Mazo señalará que la visita de Haya representó un verdadero suceso: “quedamos prendidos de su simpatía. No lo dejábamos irse”³⁸.

Tras su paso por Uruguay y Argentina, un capítulo especial del viaje de Haya lo constituyó su estancia en Chile. Las décadas que siguieron a la Guerra del Pacífico habían sido escenario de un clima hostil entre chilenos y peruanos, que se reavivaba periódicamente y que tenía en la opinión pública, acicateada por políticos que buscaban sacar rédito de la popularidad de la prédica nacionalista, una significativa caja de resonancia. En ese contexto adverso para aquellos que buscaran confraternizar con el respectivo país vecino, las federaciones estudiantiles de ambos países asumieron posiciones discordantes. Ya en ocasión del centenario de la independencia del Perú, la FECH enviaba un mensaje de fraternidad a través del cual auguraba la extensión de la propaganda antinacionalista y el acercamiento de ambos pueblos³⁹. Ese mismo año, el profesor Carlos Vicuña Fuentes sería cesanteado en su cargo de la Universidad de Chile por sostener públicamente la necesidad de “devolver” Tacna y Arica al Perú (en un hecho que le valdría la amonestación pública del canciller chileno Ernesto Barros Jarpa). En esa situación, la visita de Haya de la Torre apenas unos meses después, en mayo de 1922, coincidía con un momento de encono entre chilenos y peruanos. Y sin embargo, el líder peruano no titubeó en proclamar públicamente, y en varias ocasiones, el carácter superior de la causa americana frente a cualquier diferendo limítrofe. En sendos actos compartidos con Vicuña Fuentes y otras figuras de la FECH Haya cosechó conmovidos elogios. Y según recogía el diario limeño *La Crónica*, a juicio de un articulista del periódico *El Mercurio* de Valparaíso Haya había “operado el prodigio de hacer lanzar vítores al Perú en Chile”⁴⁰.

Regresado a Lima, el líder estudiantil peruano recibiría la misma acusación de la que eran víctimas entonces las minorías de “entreguistas” que en Chile

³⁸ Del Mazo, 1976, op. cit. p. 216.

³⁹ Se señalaba en dicho texto: “La juventud americana, que tan señaladas pruebas ha dado de su idealismo y de su serena y acertada apreciación de los hechos reales del mundo político y moral, debe emprender una verdadera e infatigable cruzada por crear el espíritu de paz de en esta bella parte del planeta (...) Al enviar la expresión de nuestra adhesión fraternal a los pueblos de América y en especial a la juventud y pueblo del Perú, con ocasión de la fiesta de su centenario, no se nos oculta que no reflejamos, ni con mucho, los sentimientos de la mayoría del pueblo chileno; pero no hemos vacilado en manifestar los nuestros, ciertos como estamos de que son los más nobles, y que acabarán por imponerse a la conciencia general”. Cfr. “La Federación de Estudiantes de Chile en el Centenario del Perú”, en del Mazo, 1927, op. cit. pp. 187-188.

⁴⁰ “Crónica del viaje de Haya de la Torre por Uruguay, Argentina y Chile”, *La Crónica*, Lima, 27 de junio de 1922, reproducido en del Mazo, 1927, op. cit. p. 153.

abogaban por el fin del diferendo: Haya escuchará, repetidas veces, que se había “vendido al oro chileno” (en el caso de los estudiantes de la FECH, recíprocamente, resultaba que era el oro peruano el que había sobornado sus conciencias)⁴¹. El episodio resulta revelador porque manifiesta un caso límite del latinoamericanismo desde abajo al que hemos venido refiriéndonos: fueron los movimientos estudiantiles de ambos países —en alianza con sectores obreros de sesgo libertario y algunos intelectuales librepensadores como Vicuña Fuentes— quienes procuraron una política de genuino acercamiento, enfrentando el consenso dominante y las posiciones de las elites gobernantes.

Más en general, la movilidad y el dinamismo de los jóvenes reformistas se revelaron un vehículo eficaz para comunicar vívidamente el ideal continentalista y producir escenas de hondo contenido emotivo. La *cultura nómada* de la que hicieron gala muchos de esos jóvenes —y que aquí hemos apenas atisbado a través de unos pocos casos— hubo de resultar un efectivo multiplicador del “nosotros” del que se sentía parte la comunidad creciente de militantes y simpatizantes del reformismo latinoamericano. Así, cuando el mismo Haya de la Torre recale en La Habana a fines de 1923, en el inicio de un largo peregrinaje al que se veía obligado tras el destierro al que lo había sometido el presidente peruano Augusto B. Leguía, el joven líder de los estudiantes cubanos Julio Antonio Mella no esconderá la conmoción que esa presencia le produjo:

Pasó entre nosotros, rápido y luminoso, como un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos. En su breve estancia se nos presentó; ora como un Mirabeau demoledor con la fuerza de su verbo de las eternas tiranías que el hombre sostiene sobre el hermano hombre, ora como el Mesías de una Buena Nueva que dice la palabra mágica de esperanza (...) Cuando se le sentía, más que cuando se le veía en la tribuna, se tenía la sensación de algo misterioso vagando por el ambiente, subyugaba y dominaba de tal forma el auditorio, que este semejava mansos cachorros de león cumpliendo las órdenes del domador, hacía reír, llorar, pensar, temer, toda la gama del sentimiento la recorría con magistral exquisitez. Es el arquetipo de la juventud americana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel⁴².

⁴¹ Los ataques a la FECH por sus posiciones antinacionalistas habían provenido ya desde años anteriores de un amplio espectro de la prensa chilena, incluso la de orientación liberal. Cfr. Fabio Moraga Valle, “*Muchachos casi silvestres*”. *La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno. 1906-1936*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 2007, pp. 220 y ss.

⁴² Mella, Julio Antonio, “Haya de la Torre”, *Juventud*, no. 1, La Habana, enero de 1924.

La espesa trama de relaciones y contactos transnacionales entre las juventudes del continente se expresó a menudo en una convicción compartida: la unión americana estaba construyéndose sin necesidad de las viejas elites y con prescindencia de las burocracias estatales. Con la excepción ya referida de México, y más allá de eventuales momentos de concordancia con gobiernos que podían satisfacer las demandas estudiantiles —como supo ser el caso de Hipólito Yrigoyen en Argentina—, para quienes simpatizaban con la Reforma Universitaria parecía resultar claro que un genuino y desinteresado impulso a la unidad del continente sólo podía provenir de sectores desvinculados de la política tradicional.

En rigor, bastante antes de 1918 habían existido señales de movimientos intelectuales que buscaban preservar esferas de autonomía respecto a los Estados. Cuando el Ateneo de México, la agrupación que reunía a figuras de la talla de José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Alfonso Reyes, entre otros, se decide a fundar en 1911 una Universidad Popular Mexicana, fija en sus estatutos una norma que prohíbe aceptar cualquier tipo de ayuda gubernamental (contradiendo lo que será la posterior posición paternalista del Estado mexicano respecto a los intelectuales a lo largo del siglo XX)⁴³.

El mismo Vasconcelos, cuando tras fervientes años al frente de la Secretaría de Educación Pública desde los que había tejido relaciones con grupos estudiantiles de todo el continente que no dudaban en ubicarlo como otra de las figuras insignes de esa hora americana, continúa desde el llano dando conferencias y desarrollando relaciones a escala continental, percibe en sus interlocutores la desconfianza respecto a las elites políticas. En el mensaje que le dirige el ecuatoriano César Arroyo se expresa una opinión bastante extendida:

Quando la Gran Guerra, después de haber producido la más pavorosa de las crisis en el Viejo Mundo, señala a la América como el campo de reserva de la humanidad, como la clave excelsa del porvenir, debemos estar más unidos que nunca; y esta unión necesaria y salvadora, no la han de hacer los políticos, no la ha de hacer la diplomacia, sino los jóvenes que han de ser los dirigentes del mañana⁴⁴.

Era también el estudiantado emergente, para el colombiano Arciniegas, el sujeto en quien podía depositarse confianza en la consecución de la empresa unionista:

⁴³ Henríquez Ureña, Pedro, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, *Estudios mexicanos*, México, FCE, 1984, p. 292.

⁴⁴ *La Antorcha*, no. 26, México, 28 de marzo de 1925, p. 14, cit. por Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los años del águila*, México, UNAM, 1989, p. 589.

La constante relación de los estudiantes de América, por el intercambio de misiones y aún por la simple correspondencia (...) es la base más segura de la amistad y de la futura y verdadera solidaridad hispanoamericana⁴⁵.

Esa suerte de consenso acerca de las reservas que debían mantenerse frente a los elencos políticos heredados podía compartirse desde las franjas más decididamente antiimperialistas y de izquierda. En una nota sin firma publicada en *El Libertador*, el órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas, con sede principal en México, se afirmaba que “ya es tiempo de forzar la unión latinoamericana contra el imperialismo, desde abajo y a pesar de nuestros minúsculos caudillos, pequeñas autocracias, patrioterros y burocracias”⁴⁶. Así, en sus momentos de mayor autoconfianza esa que gustaba llamarse nueva generación americana podía porfiarse, con gesto vanguardista, de deshacer y rehacer el fundamento mismo de las relaciones internacionales. En las resoluciones finales adoptadas en el célebre Congreso Internacional de Estudiantes de México de 1921, puede leerse lo siguiente:

Los centros y federaciones estudiantiles deben luchar (...) por abolir el actual concepto de relaciones internacionales haciendo que, en lo sucesivo, éstas queden establecidas entre los pueblos y no entre los gobiernos.⁴⁷

Los años 30 y la declinación del latinoamericanismo desde abajo

En la segunda mitad de la década de 1920, como prolongación de ese poderoso imaginario continentalista, surgen en paralelo numerosas organizaciones con el fin de darle un cauce organizativo más sólido y consistente. Casi al mismo tiempo, en el bienio 1924-1925 se crean en el continente entidades destinadas a tal cometido: entre las más importantes, la Unión Latinoamericana (ULA), comandada desde Buenos Aires por Ingenieros y Palacios, la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), en la que sobresalen Julio Mella y Diego Rivera, la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), impulsada desde París por Carlos Quijano, y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), lanzada desde Inglaterra por Haya de la Torre (a las que hay que agregar la avanzada de la III Internacional en el continente). Esa presencia

⁴⁵ Arciniegas, Germán, “Los estudiantes y el gobierno universitario”, reproducido en Portantiero, 1978, op. cit. p. 336.

⁴⁶ “Un Congreso Antiimperialista continental”, *EL Libertador*, no. 2, México, mayo de 1925, p. 3.

⁴⁷ “Resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México”, reproducido por del Mazo, 1927, op. cit. p. 77.

probablemente haya reforzado a corto plazo el latinoamericanismo desde abajo. La más ambiciosa y desmesurada de esas tentativas, incluso, el APRA, pudo pretender liderar un proceso de revolución social de alcance efectivamente continental. Durante un tiempo, en la medida en que estas organizaciones eran porosas y no solicitaban a sus miembros exclusividad, pudieron coexistir y hasta cooperar entre sí. El peruano Manuel Seoane, por caso, podía dirigir la célula aprista en Buenos Aires al tiempo que era secretario de la ULA y hombre de confianza de Palacios. Durante ese período, los intercambios de revistas, la correspondencia y las misiones y viajes proselitistas no solo no decrecieron sino que probablemente aumentaron, con el consiguiente incremento de la fe latinoamericanista en porciones significativas de las poblaciones del continente. Paradójicamente, sin embargo, la expansión de la sensibilidad americanista condujo a que el “nosotros” extendido que se esparcía en el espacio de América Latina comenzara a agrietarse por efecto de la rivalidad y competencia de las organizaciones que buscaban representarlo. Un hito desencadenante de esa nueva tendencia tuvo lugar en el importante Congreso Antiimperialista de Bruselas de febrero de 1927. Los tres líderes reformistas que asistieron –Haya de la Torre, Julio Mella y Carlos Quijano– actuaron allí de manera separada y terminaron distanciados.

Con todo, parece ser que fue hacia 1930 cuando el impulso unionista ingresó en una fase de declive en el seno del reformismo universitario. Ello se debió a un conjunto entrelazado de factores. En primer lugar, la falta de traducción práctica del imaginario continentalista implicó un desgaste para todos aquellos que ansiaban ver materializada la “patria latinoamericana”. En segundo lugar, en algunas naciones del continente recrudecen regímenes dictatoriales que dificultaron la militancia reformista y tornaron complicada incluso la vida en las universidades. Ello trajo aparejado que en varios de esos países figuras procedentes del reformismo ingresaran de lleno en la liza de la política nacional, integrándose en partidos ya existentes o fundando otros nuevos, con la concomitante mengua de las energías dedicadas a construir vínculos a escala continental. El ingreso de varios reformistas argentinos en el Partido Socialista de ese país o la fundación del Partido Aprista Peruano en 1930 brindan testimonio de la creciente nacionalización de las prácticas políticas de muchas de las principales figuras de este ciclo. En tercer lugar, algunas importantes organizaciones unionistas ligadas al reformismo universitario desaparecen con el comienzo de la década. Tal es lo que ocurre con la Unión Latinoamericana y, un poco después, con la LADLA. Finalmente, el estallido de la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, en 1932, cuyas escaramuzas previas habían ya generado preocupación dentro de los círculos reformistas, ofreció un desmentido práctico de relieve a la creencia de que las guerras interamericanas habían quedado sepultadas en el

pasado⁴⁸. Con todo, los flujos que habían alimentado ese latinoamericanismo desde abajo no desaparecieron completamente; aún en menor magnitud siguieron existiendo, a menudo integrados no obstante en lógicas de acción política que redujeron el carácter autónomo y creativo que les dio impulso en el período de auge del reformismo.

Un cierre posible del ciclo que hemos intentado reconstruir ocurre a la salida de la Guerra del Chaco: allí, impulsada por el incansable trajín de Deodoro Roca, desde la ciudad de Córdoba surge una iniciativa que reúne al núcleo de ya veteranos dirigentes del proceso reformista (junto a exiliados bolivianos y paraguayos). El Comité Pro-Paz y Libertad de América (CPPYLA), en su manifiesto inaugural de abril del 1935 dirigido a “intelectuales, obreros, estudiantes y maestros de Latinoamérica”, sintetizaba su programa en un llamado a “la paz del Chaco, por la defensa de las libertades democráticas en el continente y por su liberación del imperialismo”, al tiempo que hacía votos por el inicio de una “campaña impostergable” que debía culminar “en una gran conferencia de fraternidad de los pueblos de Latinoamérica, a realizarse en Buenos Aires, simultáneamente con grandes demostraciones populares en todas las ciudades del continente, exigiendo la paz”⁴⁹. Junto a ello, el manifiesto denunciaba la conferencia pacifista que, bajo el impulso del canciller argentino Carlos Saavedra Lamas, se realizaría dos meses después en Buenos Aires, recordando que las diplomacias que allí se reunirían pertenecían a gobiernos antidemocráticos y conculcadores de las libertades civiles:

Poca confianza puede tenerse en la labor “reservada” y en la media palabra optimista y circunstancial de las cancillerías que están en el juego de esas mismas

⁴⁸ Incluso aquellas franjas que, por influjo de las filosofías vitalistas de la época que hacían culto de la acción y el coraje, podían entusiasmarse con algunas dimensiones “intensas” que la Gran Guerra había traído aparejada, no veían ni posible ni deseable que una conflagración de esa naturaleza acaeciera en América Latina. Así, desde la revista de la vanguardia literaria argentina *Inicial*, partidaria también de la Reforma, podía afirmarse: “Estamos en la era de la acción intensa y múltiple (...) No negamos, pues, la fatalidad dramática y humana de la guerra. Pero afirmamos que el problema de la guerra no se ha planteado en Sur América (...) Los factores naturales que desencadenaron la epopeya europea no existen aquí (...) Aquí, todo nos une y nada nos separa. Y una cosa sobre todas las demás nos une: el peligro común, que es el peligro yanqui” (*Inicial*, no. 3, Buenos Aires, 1923, pp. 8-9, cit. por Rodríguez, 1999, op. cit. pp. 236-237). Como se observa, la eventualidad de una guerra como la protagonizada por Bolivia y Paraguay no estaba dentro de las posibilidades vislumbradas por esta publicación.

⁴⁹ Comité Pro Paz y Libertad de América, “¡Por la paz de América!”. En Roca, Deodoro, *El difícil tiempo nuevo*, Córdoba, Lautaro, 1956, p. 236.

cancillerías que persiguen y encarcelan en el país a los intelectuales y obreros antiguerreros de Paraguay y Bolivia⁵⁰.

De allí que el texto inaugural del Comité rematara afirmando que “sólo la presión de los pueblos de América, de sus intelectuales, obreros y estudiantes, puede imponer a la Diplomacia el cese de las hostilidades y la terminación efectiva de la guerra”⁵¹.

Pues bien: todo el reconocimiento y la admiración de la que gozaba Roca en la Argentina, y aún más allá, no pudieron impedir que su iniciativa tenga menor eco que las resonantes gestiones de paz encabezadas por Saavedra Lamas y secundadas por las cancillerías de buena parte del continente. Aún cuando importantes diarios argentinos como *La Voz del Interior* y *Crítica* dieron visible espacio a las actividades del CPPYLA, los empeños pacifistas a escala gubernamental hegemonizaron la escena. Saavedra Lamas, a la postre artífice de la paz que se firma en Buenos Aires en junio de 1935, terminaba de proyectarse como un estadista de primer orden, y como un defensor de la causa americana⁵². Y su coronación definitiva tiene lugar un año después, cuando a pesar de los esfuerzos de denuncia de Deodoro Roca, que desde su revista *Flecha* intenta demostrar que es miembro de un gobierno autoritario y conservador, se le otorga el Premio Nobel de la Paz. El americanismo de los viejos reformistas era así derrotado por el de los elencos gubernamentales⁵³. Y en las décadas siguientes, resultó común que varios gobiernos de la región recogieran y recondujeran los temas e iniciativas de aquellos que habían protagonizado la saga del latinoamericanismo desde abajo.

A modo de cierre

Recapitemos y concluyamos: entre 1898 y 1930 (o 1936) en América Latina cobró vida un ciclo que, por las prácticas y representaciones que movilizó, constituye un capítulo insoslayable en la historia de las tentativas de creación

⁵⁰ *Ibidem*, p. 234.

⁵¹ *Ibidem*, p. 235.

⁵² El sesgo americanista del canciller argentino puede observarse en el libro en el que recoge buena parte de sus intervenciones de esos años: *Por la Paz de las Américas* (Buenos Aires, Gleizer, 1937).

⁵³ Una reconstrucción mucho más detallada del episodio de confrontación que, en los nombres de Saavedra Lamas y Deodoro Roca, opone dos lógicas americanistas, puede hallarse en Bergel, Martín, “*Flecha*, o las animosas obsesiones de Deodoro Roca”, prólogo a Roca, Deodoro, *Obra Reunida. Tomo IV. Escritos políticos*, Universidad Nacional de Córdoba, 2012 (en prensa).

de instancias supranacionales de rango continental. En el renglón de las prácticas, el uso y la magnitud de la correspondencia, la cantidad y calidad de revistas culturales de horizonte americanista, y la movilidad y dinamismo inherentes a un tipo especial de viaje proselitista, acabaron por conformar un latinoamericanismo práctico forjado desde lo que hoy llamamos sociedad civil, y que privilegió relaciones de tipo horizontal; en cuanto a las representaciones, ese conjunto de iniciativas se vio acompañado por una creencia, en ocasiones apenas esbozada, acerca de que las relaciones entre naciones llegarían a mejor puerto si eran impulsadas por intelectuales o grupos subalternos antes que por las elites políticas o estatales (relaciones “entre pueblos y no entre gobiernos”, como se quería en las resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes de México). Tanto esas prácticas como esas ideas acerca de los modos de materializar la unidad continental venían siendo incubadas al menos desde comienzos de siglo; pero el tono y el dinamismo que adquirieron con posterioridad a 1918 tuvo que ver con las transformaciones sociales e ideológicas que actuaron como precondition de la Reforma.

¿Qué sentido tiene volver hoy sobre este capítulo de la historia política y cultural latinoamericana? Con demasiada frecuencia, cuando se evocan las memorias que recubren el nombre “América Latina” se produce una suerte de efecto de aplanamiento. Pareciera que todos los proyectos de unidad continental, de Bolívar a nuestros días, quedan subsumidos en un único modelo posible. Pensar una historia latinoamericana más quebradiza y plural, menos atada a una única historia sustancial proveniente desde el fondo de los tiempos, es abrir el abanico a diversas formas posibles de imaginar el perfil del continente. Cuando hay signos de que una nueva “hora americana” tintinea ante nuestros ojos, interrogar de modo heterodoxo a esa tradición de apariencia unilineal puede resultar un ejercicio enriquecedor capaz de ampliar la caja de herramientas con la que se piensa y se actúa en el presente.